

El otro día caminaba hacia la estación de tren, y me encontré con una joven ecuatoriana. Le di los buenos días y ella me miró extrañada de que alguien la saludara, pero me contestó. A partir de ahí, iniciamos una sencilla conversación y ahora cada vez que nos vemos, tenemos un rato para el diálogo. Hemos creado una relación de amistad. Un simple saludo. Éste es el apostolado que **Matilde** se empeña en recuperar cada día. Es un gesto que para ella es un medio para humanizar la sociedad de las prisas, de lo pragmático, de lo útil. Matilde es una hermanita del Sagrado Corazón de Carlos de Foucauld, que reside en Humanes de Madrid, y que comparte con **Jeanine** y **Yolaine**, sus compañeras de Fraternidad, el deseo de vivir desde la cotidianidad de la que **Jesús** se impregnó en Nazaret durante su infancia y juventud.

Por eso, en su proyecto comunitario no hay sitio para grandes planes pastorales ni tampoco iniciativas que requieran de un fuerte respaldo económico. No dirigen un colegio, tampoco están al frente de una clínica o de una casa de ejercicios. Yolaine trabaja como auxiliar en una residencia de ancianos, Matilde se dedica al sector de la limpieza, mientras Jeanine, ya jubilada, se ocupa de las tareas de la casa. Llamadas a ser hospitalidad y acogida para los demás, lo suyo es el encuentro en lo cotidiano. Tratan de vivir con plenitud su trabajo, la oración y el trato con los demás, una plenitud que se respira en cada uno de los rincones de su piso, con una paz propia de la clausura. No en vano, junto a su actividad laboral para ganarse el pan-de-cada-día, son muchas las horas de recogimiento que pasan en el oratorio.

“Nuestra vocación es contemplativa –comenta Matilde–, una contemplación que abarca toda nuestra vida. Queremos comunicar el Evangelio a través de un testimonio más que de palabra. A lo largo del día, los hombres y las mujeres habla-

Vivir en Humanes como en Nazaret



Las hermanitas del Sagrado Corazón, tras las huellas de Carlos de Foucauld

mos mucho y recibimos muchas palabras a través de la televisión que suenan a hueco. No nos damos cuenta de que lo que habla realmente es la vida en sí misma, estar conectados con los otros. Nos hace falta escuchar más y mejor, pero también hay que estar atentos a un apretón de manos, a las miradas...”

Pequeños gestos

Y así lo hacen estas hermanitas, siempre pendientes de pequeños gestos que a otros pasan desapercibidos, acompañar a un enfermo a su cita con el médico, ayudar a una vecina con las bolsas de la compra, acudir con el “sin papeles” a la oficina de empleo, dar clases de apoyo de francés a alguna estudiante... “No es un ‘yo voy a ayudarles’ –comenta Matilde–, sino que caminamos juntos y nos confiamos también nuestras propias fragilidades. Es caminar juntos en la amistad y así crear una relación de igual a igual que a veces cuesta, sobre todo porque te ven con una religiosa”. “Además –añade Jeanine–, nosotras también somos frágiles, y el contacto con el otro se convierte en una ri-

queza mutua, nos aportan mucho”. “Ése es el primer paso, tomar la iniciativa. A partir de ahí, mucha gente llama a nuestra casa porque, en algún momento, han sentido a Dios, y nos muestran sus ganas de encontrarse con Él. Esto es muy esperanzador”, sugiere Yolaine.

Frente al silencio incómodo de los ascensores, ellas ofrecen su escucha, su palabra de cortesía, su atención, y un silencio que intenta acabar con el vacío de Dios allá por donde pasan. Por eso dejaron Malpartida de Plasencia, en Cáceres, donde se empaparon de la sencilla vida del campo para entrar en contacto directo con el fenómeno de la inmigración. “Nosotras buscábamos familias marroquíes, por nuestro conocimiento del idioma y la cultura. Entonces nos hablaron del sur de Madrid, y en concreto de Humanes, una de las ciudades más jóvenes de Europa donde había muy poca presencia de religiosos. Cuando vinimos por primera vez y vimos tantas familias jóvenes, descubrimos que era nuestro lugar de misión”, recuerda Yolaine. Desde entonces, ya hace tres años, y aunque ellas insisten en que acaban de empezar, ya han reco-

rrido el trecho más difícil: ganarse la confianza y el cariño de los que les rodean. “La gente ha sido muy acogedora desde el principio –asegura–, tanto que, en ocasiones, cuando llegamos a casa a menudo nos encontramos con regalos en la puerta: muebles, una vajilla... Además, cuando hicimos hace poco un viaje a Francia, nos dijeron preocupados: ¿seguro que vais a volver? ¿no os quedaréis allí?”

Tender puentes

La relación de amistad con sus vecinos, de diferentes razas y culturas, se consolida por momentos, tanto que ya se han sentado en la mesa para compartir con ellos las principales fiestas del calendario, tanto cristianas como musulmanas. Jeanine reconoce que a veces “resulta complicado establecer relaciones con las mujeres musulmanas, quizás por su miedo a ser rechazadas. Pero esto es sólo al principio, luego se abren”. No en vano, Jeanine ha vivido en Argel y sabe bien lo que es empaparse del Islam: “En estos países logras comprender que la salvación de Cristo es para todo el mundo en el sentido más amplio. Allí lográbamos profundizar más en nuestro ser cristianos, porque día a día convivíamos con una religión que no conocía a Jesús”. Aquí, han conseguido hacer palpable con ese trato constante el tan traído y llevado término ‘diálogo interreligioso’.

“De todas maneras, esto ya lo hizo **Carlos de Foucauld**. Todos sabemos que encarnación e inculturación no es lo mismo, pero en la vida de Foucauld van unidas. En la nuestra, también”. Esta interculturalidad se percibe incluso en su pequeña capilla, que cuenta con un pequeño altar realizado por **Eloy**, el párroco del barrio, una lamparita traída desde Túnez, y el sagrario, procedente de Marruecos. “Desde esta pequeña habitación”, dicen, “llevamos nuestra oración a todo este mundo, a nuestros vecinos con sus problemas, el paro, la marginación, la exclusión social... En ellos vemos al Dios que se toca”.



El testimonio, para Matilde, es esencial



Compartir, otra de las claves para Jeanine

LEGADO DE FOUCAULD

La de las hermanitas del Sagrado Corazón es la decana dentro de las ramas de la familia de **Carlos de Foucauld**. En 1902, el propio Foucauld comenzó a redactar un reglamento para las hermanitas en el que señalaba que las “fraternidades dedicadas al Sagrado Corazón de Jesús, deben, como Él, irradiar sobre la tierra, y traer fuego...”. “El sueño que tengo, es algo muy sencillo... semejante a esas primeras comunidades de los primeros tiempos de la Iglesia”, escribía el hermano. Este sueño comenzó a fraguarse el 25 de agosto de 1933 en Montmartre, diecisiete años después de la muerte de Foucauld, cuando dos mujeres, **Marie Charles** y **Bárbara** confiaban al Sagrado Corazón de Jesús el comienzo de la primera Fraternidad. Hoy son 34 las hermanitas del Sagrado Corazón de Jesús que tratan de hacer presente el “misterio de Nazaret” en Malí, Bolivia, Túnez, Francia y España. Junto a ellas, hay otra decena de congregaciones religiosas y ocho asociaciones de vida espiritual que buscan, como Carlos de Foucauld, “reír con los que ríen, llorar con los que lloran, para conducirlos a todos a Jesús”.



Yolaine ve la esperanza a su alrededor

Matilde confirma que “estamos llamadas a unir este puente, porque en el fondo es una gran riqueza la de todas las religiones, porque aspiramos a lo mismo: a amarnos desde el respeto y desde la unidad”. Esta implicación ha hecho que para todos los que las conocen en el barrio, la beatificación de Carlos de Foucauld también sea motivo de alegría. “Cuando se supo la noticia, nos hicieron llegar su felicitación, y cuando se tuvo que retrasar el acto al morir de **Juan Pablo II**, estaban impacientes por conocer cómo se solucionaría”, comenta Yolaine.

“Para nosotras, la beatificación supone una confirmación de nuestro carisma contemplativo misionero, el del hermano Carlos, que fue un hombre de oración, que quiso imitar a Jesús desde la vida sencilla de Nazaret con una obediencia total a la Iglesia”, un carisma que dentro de la propia congregación encuentra muy distintos caminos para hacerse camino. Y nunca mejor dicho, en el caso de la hermana **Lidia**, fallecida antes de que se publicara este *En vivo*, que quiso ser fiel a ese deseo de transmitir “ese fuego misionero de la familia de Nazaret” del que se sentía portadora, siendo una peregrina en medio del mundo. Pero peregrina en el sentido literal de la palabra, recorriendo a pie media Europa y viviendo de la providencia a merced de aquellos con los que tropezaba a su paso. Ahora, Lidia ha legado a la meta que tanto buscaba y que, en sus últimos días, nos desveló en la Fraternidad de Humanes: “No es fácil encontrarlo, pero si tienes a Jesús, tienes una fortuna”.

Texto y fotos: J. Beltrán



Lidia ya ha llegado a la meta que buscaba